

**Lucía
Lijtmaer**

Ofendidos

Sobre la criminalización
de la protesta

En los últimos tiempos saltan a la prensa noticias como la censura del cartel de una exposición de Egon Schiele, se genera debate en torno a un cuadro de Balthus o a la Lolita de Nabokov... ¿Nos invade una oleada de neopuritanismo? ¿Se instaura el triunfo de la corrección política? ¿Asistimos a un cambio de paradigma moral, al triunfo de la censura y la autocensura? ¿O acaso lo que se está produciendo es una descalificación y hasta criminalización de la protesta? Este libro explora las verdaderas amenazas a la libertad de expresión, que no vienen de minorías, feministas u ofendidos, sino del poder político y legislativo. Porque señalar despectivamente al ofendido no hace sino criminalizar su derecho, nuestro derecho como sociedad, a la protesta.

*They set off from Plymouth and landed in
Plymouth! How lucky is that?*

EDDIE IZZARD

Prólogo

La opinión pública ha dado un giro. Al principio era apenas perceptible, pero en los últimos años el viraje ha sido total. Los medios de comunicación se han plagado de nuevas polémicas, con un léxico prácticamente desconocido hace tan solo una década. En una discusión sobre una obra literaria con un personaje misógino, se declara la imposibilidad del debate, la propagación de la censura y la ofensa. Si se pide que una exposición sea contextualizada en su tiempo y espacio, se acusa al público de pirómano y puritano. ¿Quiénes son los ofendidos, las puritanas y los neocensores de los que se habla ahora en la prensa opinativa sin cesar? O, más bien, ¿quién habla?, ¿por qué ahora?

Este pequeño ensayo pretende analizar y responder a estas cuestiones. Diferentes casos han estallado en los medios de comunicación en los últimos años y han puesto sobre la mesa la responsabilidad en el ejercicio de la opinión y los límites de la libertad de expresión de manera simbólica. La mayoría de estos casos han sido utilizados por firmas muy reconocidas del panorama opinativo español para denostar una supuesta censura, no evidente sino soterrada, y según ellos mucho más peligrosa que la censura legislativa: una autocensura moralista de la que serían responsables diversas minorías y los movimientos feministas.

De la mano de este debate han llegado nuevos vocablos para nombrar a los responsables de esta agitada discusión. Este texto ahonda, por un lado, en la trazabilidad de ese léxico, y, por otro, en su uso interesado para ocultar lo que en realidad pasa y se deja de lado: la libertad de expresión está constantemente amenazada, pero no por minorías, feministas puritanas u ofendidos moralistas, sino por un poder político y legislativo al que los mismos analistas que ponen el grito en el cielo en la prensa no quieren mirar a la cara.

La tesis de este texto es, en definitiva, que el señalamiento al moralista «ofendido» en realidad no hace otra cosa que ocultar interesadamente la criminalización de su derecho, de nuestro derecho como sociedad, a la protesta.

Introducción

Este texto iba a empezar de otra manera, pero debe empezar así: hace apenas unos meses, mientras comenzaba a investigar sobre qué entendemos por puritanismo, protagonicé una pequeña anécdota, una nimiedad, una tontería en las redes sociales. En mis redes. Ni siquiera de manera intencionada. Salía del gimnasio, y un amigo y yo comentábamos, con la ligereza y superficialidad que nos habían proporcionado las endorfinas después de correr y sudar, lo atractivo que era el monitor.

Era una charla por WhatsApp, algo común y tonto. Mientras hablábamos de nuestro joven y guapo monitor, mi amigo investigaba por las redes hasta que dio con su perfil de Instagram. Más redes. En sus fotos, nuestro monitor nos daba la información esperable de un veinteañero que se dedica al deporte en su vida profesional: muchas fotos de partidos, entrenamientos y algún selfie con los amigos.

Mi amigo especulaba con las preferencias sexuales de nuestro monitor: en sus redes no había apenas fotos con mujeres. Eso lo entendía él como una posible señal de incitación. Yo argumenté, en tono de broma, que eso no tenía por qué decir nada: al fin y al cabo, a muchos heterosexuales no les gustan realmente las mujeres, dije entre risas. No tienen amigas, no citan a mujeres entre sus preferencias culturales, no hay señal de mujeres en su vida dia-

ria. Esa fue mi chanza, porque eso me parecía que demostraba nuestro monitor en ese diario fotográfico que es Instagram: que era un hetero joven con un universo exclusivamente masculino. Mi amigo acabó dándome la razón, ambos nos reímos por chat y poco más. Hasta que decidió incluir mi superficial aunque –creo yo– divertida reflexión en su muro de Facebook, etiquetándome como autora.

Lo que pasó a continuación sorprenderá –o no– al lector. A los cinco minutos empezaron a aparecer comentarios más o menos graciosos sobre el mundo interior de la heterosexualidad masculina en general. Mi comentario, de índole privada, pronunciado frívolamente al finalizar la actividad física diaria, se había convertido en la típica tertulia momentánea de un grupo de amigos de la red social. Pero Facebook es siempre un muro, así se llama y así lo concebimos, y en un muro uno cuelga y reflexiona (?) sobre lo que mejor le parece. Es también un enemigo de la ironía y puede ser un espejo de la demostración egocéntrica de la inteligencia: «Mira, mamá, sin manos». Tras diez minutos de comentarios y gracejo, alguien –una mujer–, una escritora de prestigio, se vio impelida a ejercer la crítica: ¿por qué me metía yo con los heterosexuales?, ¿acaso no eran misóginos también los homosexuales? Me pudo el pudor, claro, y no contesté, como no había contestado a ninguno de los otros comentarios jocosos. Pero alguien más, alguien a quien yo conocía personalmente, añadió: ¿no me daba cuenta yo de lo injusto que era mi argumento contra los hombres heterosexuales? Mi primer instinto fue dejarlo estar, pero ellas continuaron. La pregunta era directa: ¿no me daba cuenta de que no todos los hombres, *not all men*...?

Con cierta pereza, me sentí obligada a defenderme: era una broma privada que se había hecho pública, pero sí, consideraba que a veces la broma tenía algo de verdad. Ambas mujeres siguieron en sus trece, hasta que una

de ellas escribió: «Estoy cansada de este feminismo que está lleno de misantropía y oculta una censura soterrada».

Ahí estaba, delante de mis ojos, sin que yo pudiera evitarlo. Sin que sirvieran las aclaraciones, ni el sentido del humor. Me acababan de bautizar: yo era una puritana.

1. Cuando las neopuritanas son las demás

En los últimos tiempos, en menos de una década, hemos experimentado un golpe de timón enorme, un cambio que parecía imposible en la conversación pública de masas en España^[1]. No se sabe muy bien cuándo ni cómo llegó el salto en el discurso, pero de repente estaba ahí instalado. El concepto *puritanismo* empezó a utilizarse, unido a lo que se denomina *lo políticamente correcto*, y más recientemente a la *ofensa*, para en ocasiones discutir y en otras oponerse a expresiones propias de movimientos sociales considerados minoritarios o identitarios.

De repente, tras una denuncia pública, una queja de contenido social o una mera broma –como me había pasado a mí–, eras una puritana. Adjetivo al que se podía asociar, muy fácilmente, otro: el de censora.

¿Qué características van asociadas a esta acusación de puritanismo? En general, las siguientes: un puritano o puritana en la actualidad es aquel que observa un tipo de moral o visión con respecto a las normas sociales y la impone como única. Ese es el grueso de la definición. Para el puritano o puritana, todo aquello que no forma parte de esa regla moral o social debe quedar fuera del debate pú-

blico por poco pertinente, cuando no debe ser directamente censurable, o punible por ley. En resumen, esta es la escalada de la censura implícita en el puritanismo contemporáneo:

1. Poco acertado.
2. Censurable y por tanto no apto para el debate público.
3. Castigable por ley.

La gradación varía con el caso, pero en general las opiniones del puritano, por la definición que ha calado en la prensa opinativa contemporánea, suelen atacar aquello que se sitúa entre el primer y segundo escalafón. La tercera categoría es propia de casos muy candentes y no se suele atribuir a la «moral puritana», sino a «la horda» o «la turba», una masa indefinida e indefinible que solamente tiene por objeto el «linchamiento» en las redes^[2].

Por ejemplo: la censura de los anuncios de una exposición de Egon Schiele en el Reino Unido y Alemania fue leída como un caso de puritanismo, pero la acusación al humorista Dani Mateo por delito de ofensa contra la bandera de España no. El primer caso tiene que ver, para quien lo define así, con una cuestión moral, y el segundo con una mala interpretación de la ley por parte de una horda de enfurecidos —léase la organización Alternativa Sindical de Policía—. Aun así, las acusaciones de puritanismo hoy se suelen producir en un ámbito muy concreto: los debates acerca de supuestas conductas inapropiadas, generalmente de tipo sexual, en el mundo de la cultura. De las últimas polémicas culturales que han sido calificadas de puritanas, las más notables son: la relectura de *Lolita* de Nabokov por parte de ciertas académicas feministas, el re-

vuelo por una exposición del pintor franco-polaco Balthus o el ya citado caso de Egon Schiele.

Todas estas polémicas, curiosamente, han sido tachadas de puritanas alrededor de las mismas fechas, inicios de 2018.

La razón de esta coincidencia temporal no es casual. El término no llegaba ahora por ciencia infusa y no llegaba solo. Para la opinión pública, el epítome de las acusaciones de puritanismo se encuentra en la carta abierta publicada el 9 de enero de 2018 en *Le Monde* por artistas e intelectuales francesas de la talla de Catherine Deneuve o Catherine Millet. El texto, que aquí extractamos, comenzaba así:

La violación es un crimen. Pero el coqueteo insistente o torpe no es un delito, ni la galantería es una agresión machista. El caso Weinstein ha generado una legítima toma de conciencia sobre las violencias sexuales contra las mujeres, particularmente en el ámbito profesional, en el que algunos hombres abusan de su poder. Era necesario. Pero esta liberación de la voz de las mujeres se convierte hoy en su opuesto: ¡nos ordenan hablar como es debido, silenciar lo que enoja, y aquellas que se niegan a cumplir con tales órdenes son consideradas traidoras y cómplices!

Sin embargo, es propio del puritanismo tomar prestados, en nombre de un llamado bien general, los argumentos de la protección de las mujeres y de su emancipación para encadenarlas a un estado de eternas víctimas, de pequeños seres indefensos bajo la influencia de falócratas demoníacos, como en los buenos y viejos tiempos de la brujería.

Ah, la brujería. Cuando mencionaban el puritanismo, las firmantes no se referían (o no solamente), como podríamos especular, a la doctrina protestante que huyó de Europa y se instaló en Massachusetts por razones de índole religiosa, sino a su concepción más deslavada y menos primigenia. *Puritana*, aquí, quiere decir estrecha de miras, moralista y cerrada. Y al otro lado del *ring*, por supuesto, están las francesas.

(Nota mental: en el imaginario colectivo español, quizás un tanto heredado de la Transición y los viajes a Perpiñán para hacerse pajas en el cine, no hay nada más alejado de una puritana que una actriz francesa).

¿Qué es un puritano? O, más bien, ¿en qué ha derivado el concepto de *puritano*? Hace falta retrotraerse a los inicios del término para poder entender por qué la palabra ha mutado de significado y ahora se le extrae un sentido que antes no tenía.

Antes de seguir, quiero dejar constancia de que no se me escapa que el lenguaje es un hecho social y que por tanto muta, pero es necesario analizar desde cuándo muta y por qué. Antes de profundizar en qué es una puritana, o una neopuritana, podemos retrotraernos, en esa misma línea, a la popularización del concepto *feminazi* por parte del comentarista radiofónico conservador Rush Limbaugh en los Estados Unidos, y su importación por parte de escritores como Arturo Pérez-Reverte allá por 2012. Mientras se escribe este texto, Pablo Casado, líder del PP, ha empezado a referirse a los grandes peligros de la «ideología de género», un sintagma de reciente creación que parece tener en común con los nuevos movimientos de ultraderecha y ultracatólicos europeos y latinoamericanos.

Pero a lo que nos ocupa: el término *puritanismo*, históricamente, define de forma peyorativa una deriva protestante y calvinista que pretendía «purificar» la Iglesia anglicana de las prácticas católicas. Los puritanos, más protestantes que los protestantes, estaban en profundo des-

acuerdo con la reforma de la Iglesia anglicana durante el siglo XVII y, tras ejercer una presión importante durante los reinados de Isabel I y Jaime I, quedaron relegados después de la Restauración inglesa en 1660.

Desde ese momento, el puritanismo como movimiento social, religioso y político se fragmentó y radicalizó y, relegado a las islas británicas, obtuvo mayor relevancia en las nuevas colonias de Massachusetts y Nueva Inglaterra, adonde migraron alrededor de 21 000 fieles, familias en su mayoría. La relevancia que alcanzó el puritanismo en el mundo anglosajón a partir de ese momento –su concepción de la moral, la relación entre lo público y lo privado y la idea del mal en la comunidad– definiría sus principios y mitologías hasta el día de hoy.

Los asentamientos puritanos –mayoritariamente calvinistas y presbiterianos– de lo que más adelante serían los Estados Unidos se regían por los siguientes principios: una gran conciencia cívica, deferencia hacia líderes e instituciones, pertenencia a la Iglesia y respeto y reconocimiento a la autoridad familiar, ejercida casi en exclusiva por los hombres.

Uno de los más comunes equívocos con respecto al puritanismo es que se le presupone un contundente rechazo a la sexualidad. Pero ese es un estereotipo falso. La rigidez moral es la usual comparada con otras comunidades religiosas europeas de su tiempo: el sexo prematrimonial o fuera del matrimonio está castigado –y eso penaliza mucho más a las mujeres que a los hombres–, y, en consecuencia, los hijos ilegítimos ponen en peligro la estabilidad de la comunidad. De la misma manera, las mujeres deben observar cierta «modestia» para no atraer el deseo fuera de la pareja, tal y como describió espléndidamente Nathaniel Hawthorne casi dos siglos después. Aun así, a diferencia de en el catolicismo del siglo XVII –y también en el actual, según la doctrina–, en el puritanismo se considera que el sexo dentro del matrimonio es un acto de disfru-

te que debe ser alentado. Tal como explica *Sex in Middlesex: Popular Mores in a Massachusetts County, 1649-1699* [3], el clérigo William Gouge se refería al sexo matrimonial como «uno de los mejores y más esenciales actos del matrimonio», y alentaba a las parejas casadas a disfrutarlo «con buen ánimo, consensuadamente y con alegría». El escritor puritano Alexander Niccholes decía en 1615 que en el matrimonio «no había que buscar únicamente una amistad y aliento social, sino la compañía del placer».

La idiosincrasia de la sociedad puritana americana del siglo XVII no guarda relación con el uso que se da al adjetivo en nuestra época, especialmente en los medios de comunicación.

De hecho, después del siglo XVIII, el vocablo *puritano* fue raramente usado en la lengua inglesa.

¿De dónde sale, entonces, el puritanismo esgrimido por la carta abierta de las francesas?

La tribuna, escrita tras el escándalo por el caso Weinstein y en el contexto del movimiento internacional #MeToo contra la violencia sexual que sufren las mujeres, enumera los males de esta nueva era puritana. A saber: «una campaña de delaciones y de acusaciones públicas a personas que, sin tener la oportunidad de responder o defenderse, fueron puestas exactamente en el mismo plano que los agresores sexuales. Esta justicia expeditiva ya tiene sus víctimas: hombres sancionados en el ejercicio de su profesión, obligados a renunciar, etc.; cuya única falta fue la de haber tocado una rodilla, tratado de robar un beso, hablado sobre cosas “íntimas” en una cena de negocios o enviado mensajes con connotaciones sexuales a una mujer para la que la atracción no era recíproca».

La referencia a un nuevo puritanismo no es casual ni nueva. Pese a que hoy en día el término se utiliza para indicar restricción moral y de costumbres, las búsquedas en ProQuest y Google Scholar sobre «nuevo puritanismo» no dan prácticamente resultados antes de los años noventa.

No es hasta 1992 que llega a los medios de comunicación con un artículo de John Irving publicado en el *New York Times*, «Pornography and the New Puritans», en el que el escritor rechaza la propuesta de ley de compensación a las víctimas de la pornografía, apoyada por un sector de las activistas feministas estadounidenses. Irving muestra sus dudas ante la posibilidad de castigar aquellas ficciones que fueran simplemente obscenas, pese a que la ley, en un principio, buscaba proteger a las víctimas de atacantes violentos de quienes se hubiera probado que habían sido directamente influidos por el consumo de pornografía. El proyecto de ley, que se limitaba a pornografía infantil y material obsceno (no protegido por la Primera Enmienda de la Constitución de los Estados Unidos), fue desestimado, ya que no se pudo probar la relación entre violencia y consumo de pornografía.

Uno de los interesantes ejemplos que usa Irving es la reciente publicación de *American Psycho* de Bret Easton Ellis, rechazada por una editorial (Simon & Schuster) por la violencia explícita de su contenido y publicada con gran éxito por otra (Vintage): Irving considera que el cambio de editorial es algo comprensible y achacable simplemente a una «ruptura de contrato», pero no así las críticas realizadas por el crítico Roger Rosenblatt, a las que trata de boicot y censura. Rosenblatt respondió en una carta al *New York Times*: «No sé qué se supone que debe hacer un crítico si él o ella no escribe en términos contundentes sobre libros que le desagradan profundamente. Y si eso es censura, yo soy Napoleón. Lo que está en juego aquí es el gusto, no la censura, y el señor Irving lo sabe. Se identifica con mi juicio literario sobre el libro del señor Ellis, pero elige interpretar mi dureza como censura, mientras que supongo que considera su gusto meramente como opinión».

Así, el texto de Irving resulta fundamental por tres razones: vincula directamente opinión con censura, ayuda a ci-